UN DOBLE SACRIFICIO.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

la Señorita Doña E. L.

Núm. 18.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA, editor.

1852.

Personas.

MARIA.
LUISA.
DOÑA ANA.
DON PEDRO.
FERNANDO.
RICARDO.
JOSE.

Esta obra pertenece al Repertorio Dramático, *propiedad de D. José María Zamora, quien perseguirá, con arreglo á las leyes vigentes, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, liceo, ó cualquiera otra sociedad formada por acciones, suscriciones, ú otra contribucion pecuniaria, sea cualquiera su denominacion.*

Acto primero.

El teatro representa una sala elegante. Dos puertas al foro : la una conduce al interior, la otra á la calle. A la derecha la habitacion de don Pedro; á la izquierda la de Maria.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA, JOSE.

ANA. Está todo concluido?
JOSE. Si señora, ya dispuesto
como usted mandó se encuentra;
mas dígame usted, es cierto
que hoy vuelve de su viaje
mi amo el señor don Pedro?
ANA. Si, ya viene de Madrid
donde dos meses lo menos
se ha detenido; á Maria
hoy se lo escribe de cierto.
JOSE. Y la señorita Luisa
viene con él, segun creo.
ANA. Es verdad; ya hace dos años
que abandonó su colegio,
y en la casa de su tia
ha estado permaneciendo.

Era de la pobre anciana
la alegria y el consuelo,
y no queria dejarla
regresar al lado nuestro;
mas como su padre ahora
por asuntos de comercio
tuvo que hacer un viaje
ha muy poco, conociendo
que era escelente ocasion
de traerla, en el momento
dispuso hacerlo, y asi
fué por ella al mismo tiempo.

JOSE. La señorita Maria
tendrá un placer tan inmenso..!
Estar sin ver á su hermana
tantos años..!

ANA. Con efecto,
muy pronto cumplirán seis
que Luisa entró en el colegio,
cuando apenas hacia uno
que su madre habia muerto.
Maria quiso que fuera
educada con esmero,
y á fuerza de repetirlo
cedió su padre á su ruego.

JOSE. Y debe estar muy hermosa,
pues cuando niña, recuerdo
que su rostro era de un ángel
el retrato mas perfecto.

ANA. Si, su padre nos escribe
que es de belleza un modelo.

JOSE. Y ya será una mocita,
no es verdad?

ANA. Oh! por supuesto:
cumple diez y siete años
dentro de muy poco tiempo.

JOSE. Mas la señorita viene,
darla el parabien deseo.

ESCENA II.

Dichos y Maria.

Ana. Maria, tu habitacion
se encuentra ya preparada.
Maria. Gracias, mi querida tia:
cuánto por mi bien se afana..!
Jose. Buenos dias, señorita,
perdone si á incomodarla
me atrevo, mas sé que hoy viene
su padre de usté y su hermana,
y me quise adelantar
por eso á felicitarla.
Maria. Mil gracias, amigo mio,
te lo agradezco en el alma.
Jose. Cuán buena es usted, señora!
esa respuesta es tan grata..!
y... ya se vé! ha tanto tiempo
que estoy sirviendo en la casa,
que... preciso..! yo lo creo..!
quiero á ustedes con el alma.
Por eso... no estrañe usted
que mi ansiedad fuera tanta.
Maria. Nada estraño, amigo mio;
mas es forzoso que vayas
y al cajero de mi padre
des al momento esta carta.
Jose. Voy al punto, señorita:
tal vez estará en su casa. (*Vase.*)

ESCENA III.

Maria, Doña Ana.

Maria. Ya pronto deben llegar.
Ana. Dime: qué tienes, Maria?

por qué el sello del pesar
torna tu frente sombria?
Cuando te concede el cielo
el infinito placer
que á la hermana de tu anhelo
vuelvas cariñosa á ver:
cuando tu padre querido
á tus brazos vuelve ya,
por qué tu pecho afligido
tanto bien recibirá?

MARIA. Ay! si tú, querida tia,
leer en mi alma pudieras,
mi amargura y mi agonia
acaso compadecieras.
Es cierto que hoy á mi lado
me ha concedido el señor
vuelva mi padre adorado,
mas hoy mi pena es mayor.
Y no me taches de ingrata
al mirarme padecer,
que el secreto que me mata
lugar no deja al placer.
Yo que tanto ansié la hora
de ver á mi hermana aqui,
tiemblo de que llegue ahora...
temo verla junto á mí;
que ante esa niña adorada
tan pura, tan inocente,
con una falta manchada
habré de inclinar mi frente.

ANA. No te hagas asi infeliz;
si una falta cometiste,
por tu funesto desliz,
harto, hija mia, sufriste.
Por otra parte ocultarlo
al mundo se consiguió.

MARIA. El mundo podrá ignorarlo,
pero no lo olvido yo.
Y qué voz hay mas severa
que la voz de la conciencia?
Voz terrible, duradera
cuanto dura la existencia!

ANA. Dejemos eso, Maria:
olvídalo por favor,
no te entregues, hija mia,

de esa manera al dolor.

MARIA. Es verdad, tienes razon...
sufro tanto hablando asi..!
ay! por mi ciega pasion
cuantas lágrimas verti!
Mas... y Elena? todavia
no la he visto: dónde está..?
acaso el último dia
que esté conmigo será!

ANA. Qué dices? estas en tí!
pretendes abandonarla?

MARIA. Abandonarla..! ay de mí!
nunca; mas quiero alejarla.
Ya se encuentra preparado,
segun mi padre mandó,
el pabellon retirado
del jardin; porque escribió
que aqui le acompañaria
hoy un jóven y quizás,
con nosotros viviria
para no marchar jamás.

ANA. Un jóven venir aqui
para siempre..! no comprendo;
pero, estás segura?

MARIA. Si,
y á la verdad no lo entiendo.
Luisa tambien de ese hombre
me habla en su carta despues;
mas sin decirme su nombre
ni á qué su venida es.

ANA. Y es esa causa sobrada
para apartarse, Maria,
de esa niña, ya adoptada
por tu padre?

MARIA. El alma mia
no aprueba este proceder:
mas sin embargo es forzoso...
Si se llegara á saber
perdiera honor y reposo.

ANA. Que es hija de una criada
le dijistes á tu padre,
y que al morir confiada
te fué por su triste madre.
asi cubierto no está?

MARIA. Lo que mi padre ha creido

pusiera en duda quizá
ese hombre desconocido;
y si descubriera un dia
que su hija era culpable
jamás me perdonaria
fuera conmigo implacable.

ESCENA IV.

Dichas, Jose, *despues* Ricardo.

Jose. Señorita, don Ricardo
pide permiso.
Maria. Qué esperas?
dile que pase al instante.
(Vase José.)
Ana. Qué pronto estuvo de vuelta!
(Sale Ricardo.)
Ricar. A los piés de usted, Maria,
me alegro de hallarla buena.
Maria. Gracias, Ricardo.
Ricar. Y usted,
doña Ana, cómo se encuentra?
siempre bien?
Ana. Si, amigo mio;
y doblemente contenta.
Ricar. Pues qué ocurre?
Maria. Que mi padre
hoy mismo estará de vuelta
con mi hermana.
Ricar. Cómo! hoy mismo?
Doy á usted la enhorabuena.
Maria. Ricardo...
Ana. Y no es para menos;
despues de tan larga ausencia
gracias al cielo que ya
este sentimiento cesa.
Cuando niñas siempre estaban
tan unidas, tan contentas,
que imposible parecia
que separarse pudieran.

Mas despues... mi pobre hermana
murió y...

MARIA. Quise complacerla.
Mi infeliz madre al morir
me llamó á su cabecera:
«Veinte años tienes, me dijo,
Luisa cuenta diez apenas:
voy á morir, hija mia,
y al abandonar la tierra,
lo siento por ella mas
porque su edad es mas tierna:
y cual te he educado á tí
no puedo educarla á ella.
En tí confio su suerte;
sé tú su apoyo en la tierra;
hazla feliz, hija mia,
como su madre la hiciera,
y yo desde el alto cielo
bendeciré tu existencia.»

RICAR. Pobre señora! aun me acuerdo
cuando murió: era tan buena!

ANA. Oh! si! pobre hermana mia!

MARIA. Yo prometí obedecerla
y hacer feliz á mi Luisa,
si preciso un dia fuera
á costa de mi ventura,
y cumpliré mi promesa.
Despues supliqué á mi padre
que en la pension la pusiera,
pues aqui su educacion
no podia ser perfecta;
por eso tan solamente
quise separarme de ella.
Y hoy que ya vuelve á mi lado,
que concluye nuestra ausencia,
buscaré todos los medios
de verla siempre contenta.
La suerte nos protegió
dando á mi padre riqueza,
y asi en todos sus deseos
siempre haré por complacerla.

RICAR. Y bien puede usted hacerlo
que su fortuna es inmensa,
y un considerable aumento
halla don Pedro á su vuelta.

MARIA. Ah! me alegro por mi padre.
RICAR. Por un acaso...
ANA. De veras?
RICAR. Si señora; de seguro,
encontrársela no espera.
MARIA. Por eso tal vez me escribe
que llamar á usted hiciera,
para que esperase en casa
su llegada.
RICAR. Tal vez fuera
por hallarnos reunidos
á todos aqui á su vuelta.
(Ruido de coche.)
MARIA. Pero si no me equivoco
paró un coche á nuestra puerta.
Ah! no me engaño; ellos son...
corramos... mi padre!
ANA. Espera.

ESCENA V.

Dichos, JOSE, *poco despues* DON PEDRO *y* LUISA.

JOSE. Albricias, aqui está el amo!
MARIA. Es mi hermana.
RICAR. Ya se acercan.
MARIA. Padre del alma!
ANA. Mi Luisa.
PEDRO. Si, si: ya estamos de vuelta.
MARIA. Querida hermana!
LUISA. Maria!
al fin te vuelvo á abrazar!
PEDRO. Deja te llegue, hija mia,
en mis brazos á estrechar.
MARIA. Padre mio!
PEDRO. Mas... qué tienes?
no estás ya contenta? dí;
no llores.
ANA. *(A Luisa.)* Qué hermosa vienes!
no es verdad, Pedro?
PEDRO. Si, si:

oh Ricardo! amigo mio!
un abrazo..! aqui tambien?

RICAR. Don Pedro.

JOSE. Lloro y me rio
como un chico.

PEDRO. José, ven:
dame tu mano.

JOSE. Señor,
tanto favor no merezco.

PEDRO. A todo fiel servidor
siempre mi mano le ofrezco.
Ahora vé si el equipaje...

JOSE. Al acto será servido.
(*Vase José.*)

ANA. Qué tal fué vuestro viaje?

PEDRO. Feliz por demas ha sido.

MARIA. Y cómo queda mi tia?

PEDRO. Anciana y enferma está:
temo que su último dia
muy en breve llegará.
Me hizo instancias repetidas
que le dejase á tu hermana;
mas de miraros reunidas
tenia ya tanta gana,
que á pesar de su afliccion
no ha podido conseguirlo;
ademas que otra razon
existe para impedirlo.

MARIA. Otra razon! y cuál es?

PEDRO. Tu hermana podrá esplicarla.

LUISA. Papá... yo...

MARIA. Dime.

LUISA. Despues.

MARIA. Por qué tanto retardarla?

LUISA. Porque tengo tantas cosas,
cuando solas nos hallemos
que decirte... qué dichosas
desde hoy, hermana, seremos!
Y... tu tambien me dirás
tus secretos, no es asi?

MARIA. Mis secretos..?

LUISA. Yo... verás...
no los tengo para ti.
Te contaré en dos momentos
mis proyectos, mi alegria,

te diré mis pensamientos
uno por uno, Maria.

MARIA. (Quién como tú no tuviera
ni uno solo que ocultar!)

PEDRO. Pero, Maria, quisiera
mi hija adoptiva abrazar.
Estraño que todavia
no se la hayas presentado
á tu hermana que queria...

MARIA. Es verdad: me habia olvidado.

PEDRO. Es una niña preciosa
como ya te dije.

LUISA. Si,
las dos la haremos dichosa,
no es verdad, Maria, dí?
Y asi nos bendecirá
allá en el cielo su madre,
y al señor le pedirá
nos conserve á nuestro padre.
Ser huérfanas es tan triste!
El lugar ocuparemos
de esa madre que no existe,
y cual madres la amaremos,
no es verdad? idla á buscar.

MARIA. (Oh, Dios mio!)

ANA. (*Aparte á Maria.*) Ten valor.
(*Vase Ana.*)

PEDRO. Ahora tenemos que hablar
los dos, Ricardo.

RICAR. Señor,
cuando usted guste.

PEDRO. Bajemos
á mi despacho, y asi
á estas chicas dejaremos
con mas libertad aqui.
(*Vanse don Pedro y Ricardo.*)

ESCENA VI.

MARIA, LUISA.

LUISA. Solas estamos ya, querida mia,
cuán triste mi existencia se ha pasado
lejos de tí, Maria!
y cuánto ansiaba el venturoso dia
de volver á tu lado!
Anhelaba decirte mis amores,
mis proyectos de dicha venidera,
y el porvenir de encantos y de flores
que la suerte me brinda lisonjera:
Tú, parte tomarás en mi ventura
y si infelice fuera,
calmarás mi pesar con tu ternura.

MARIA. Si, si, tienes razon, Luisa querida:
nuestra madre en el lecho de la muerte
me confió tu suerte,
y por verte dichosa
daré mi dicha yo, daré mi vida.
Cuéntame tus temores, tu alegria,
las ilusiones que forjó tu mente:
cuéntame lo que siente
tu tierno corazon, hermana mia:
nada ocultarme debes: nada , nada.

LUISA. Espero ser feliz; oye, Maria:
al dejar la pension viví dichosa
de nuestra tia al lado;
mi existencia tranquila y candorosa
deslizábase alli; mas vi trocado
mi placer en desvelo;
cambiose mi destino
porque un hombre, Maria, hallé á mi paso;
me habló de sus amores
y me hizo comprender el dulce anhelo,
el lenguaje divino
que á las almas dió el cielo.
Y yo tambien le amé de aquel instante
como á la luz purísima del dia,

y en mi delirio amante,
amor tierno y constante
mi corazon de niña le ofrecia.

MARIA. (Ay! tambien quise yo de esa manera)
Y el hombre á quien amabas
se olvidó de tu amor?

LUISA. Ah! calla, hermana!
si él me hubiera olvidado no existiera.
El me inspiró un cariño eterno, ardiente,
puro como los ángeles del cielo,
como ellos inocente,
y es tan preciso para el alma mia,
que en mí constante anhelo,
si perdiera su amor me moriria.
Mas no me olvidará, que en breve unidos
ante el altar de Dios nos hallaremos;
felices viviremos:
Nuestros sueños queridos
asi por siempre realizados vemos.

MARIA. Ay! que el cielo corone tu ventura
pues que nacistes para ser dichosa,
y de tu frente pura,
aleje la desgracia y la amargura
la mano del Eterno poderosa.

LUISA. Y tú no eres feliz, querida hermana?
no te ofreció el amor..?

MARIA. Solo dolores,
porque la triste flor de mis amores
fué deshojada en su primer mañana.

LUISA. Mucho padecerias: y tu pena
porque de mí ocultastes..? no podias..?

MARIA. Eras muy niña aun y tu existencia,
se resbalaba llena
del cándido placer de la inocencia.

LUISA. Dime, y le amabas mucho?

MARIA. Tanto, tanto
como la mente á comprender no alcanza.
El era mi esperanza,
mi ventura, mi encanto.

LUISA. Y él..?

MARIA. Ay! Me ha condenado á eterno llanto.

LUISA. Con que olvidó tu amor?

MARIA. Si, Luisa mia,
que mi cariño ya le daba enojos,
y vió con calma fria

mi angustia, mi agonia,
las lágrimas de fuego de mis ojos.

LUISA. Y si le amabas mucho... cómo vives?

MARIA. Tu puro corazon aun no adivina
cual fué mi sufrimiento:
tú, Luisa, no concibes
cual era mí amargura y mi tormento.
Mas hablemos de tí, de tu veutura...
de ese hombre afortunado
que merece tu angélica ternura.

LUISA. Hoy mismo le verás á nuestro lado.

ESCENA VII.

Dichas, PEDRO *y* RICARDO.

PEDRO. Todavia estais aqui?
Tu tia abajo os espera;
en el jardin ha encontrado
á nuestra preciosa Elena,
y que bajaseis al punto
me ha encargado que os dijera.

LUISA. Y usted no nos acompaña?

PEDRO. Voy á arreglar unas cuentas
con Ricardo, y luego iré.

MARIA. Pues no tarde usted.

PEDRO. Espera:
haz que añadan dos cubiertos;
porque hoy Ricardo á la mesa
nos va á acompañar tambien.

RICAR. Dispénseme usted... quisiera...

PEDRO. Nada, nada, amigo mio,
no admito escusa.

MARIA. Y se espera
para el otro..?

PEDRO. Es un amigo:
con que nada de etiqueta.
(Vanse Luisa y Maria.)

ESCENA VIII.

DON PEDRO *y* RICARDO.

PEDRO. Si, Ricardo, amigo mio,
me retiro del comercio.
Ya mi suerte asegurada
y la de mis hijas tengo,
y quiero pasar tranquilos
de mi vida los momentos.
Ademas que mi salud
se quebranta: ya soy viejo
y descansar necesito
de un afanar tan inmenso.
RICAR. Apruebo esa decision:
hace usted muy bien, don Pedro:
á ser feliz con sus hijas
que se dedique ya es tiempo.
PEDRO. Ahora todas las cuentas
quiero arreglar al momento,
porque dentro de ocho dias
casar á mi Luisa espero.
RICAR. Cómo! á Luisita? tan jóven..?
PEDRO. Si, amigo, es negocio hecho.
Hoy mismo espero á comer
aqui á mi futuro yerno,
y quiero que exactamente
sepa cuanto yo poseo.
RICAR. Pero irse asi tan de prisa
en un asunto tan serio..!
PEDRO. Hace tiempo que se quieren;
cuando salió del colegio
mi Luisa y fué con mi hermana,
entonces se conocieron.
El es un jóven muy rico,
un escelente sugeto
adornado de mil prendas,
y de juicio y de talento.
Mi hermana al ver se querian
les dió su consentimiento

para hablarse, y la palabra
de conseguír á su tiempo
el beneplácito mio
para hacer el casamiento:
ahora cuando fuí por Luisa
era tan vivo su empeño,
que al fin tuve que ceder
viendo no habia otro medio:
Los muchachos se adoraban;
él es un jóven que apreció,
y vamos... qué habia de hacer
si no consentir en ello?

RICAR. Y dice usted que vendrá
hoy mismo aquí?

PEDRO. Con efecto;
con nosotros ha venido
desde Madrid y le espero:
á la puerta le dejamos,
iba á un asunto.

RICAR. Pero eso
lo sabe acaso Maria?

PEDRO. Ya su hermana segun creo
la habrá informado de todo.
Mas hablemos del comercio
que es cosa muy importante.

RICAR. Como usted quiera, don Pedro.
ya sabe usted el estado
en que sus negocios tengo.

PEDRO. Y doy gracias á la suerte
que me ha protegido en ellos.
Seis años ha que tomé,
sobre poco mas ó menos,
de mi principal la casa
con su nombre y con su crédito;
pues ya ves, amigo mio,
que en este tan corto tiempo,
he formado un capital
considerable, y ya puedo
retirarme para siempre.

ESCENA IX.

Dichos, Jose, *poco despues* Fernando.

Jose. Ahí espera un caballero
el permiso de usted para...
Pedro. Dile que pase al momento.
(*Vase José.*)
Ricar. Será tal vez?
Pedro. Si; es el mismo;
que te ha de agradar espero.
(*A Fernando que se presenta en la puerta.*)
Adelante, amigo mio,
sin detenerse un momento.
Fer. Señor, tanto atrevimiento
me perdone usted confio...
venir tan pronto...
Pedro. Yo siento
escucharle hablar asi,
pues ya sabe usted, amigo,
que mi casa le ofrecí,
y que desde hoy conmigo
debe usted vivir aqui.
Nuevamente se la ofrezco.
Fer. Me hace usted sobrado honor,
y aunque mucho lo agradezco
confieso que no merezco
tantas bondades, señor.
Pedro. Ahora presentarle quiero
á un hombre justo y honrado:
á mi amigo y mi cajero.
Fer. Yo me juzgo afortunado
si desde hoy, como lo espero,
mi amistad quiere aceptar.
Ricar. Es gran honor para mí,
y en ello no hay que dudar.
Pedro. Ahora tenemos que hablar.
Fernando, yo le ofrecí
á mi Luisa por esposa;
honrado es usté y leal

y sé que la hará dichosa;
pero hablemos de otra cosa,
de su dote, su caudal...

FER. Dejemos eso, señor;
yo la adoro con ternura
porque es hermosa y es pura:
no su riqueza, su amor
es lo que hará mi ventura.

PEDRO. Mas sin embargo, este dia
es forzoso hablar asi:
yo nunca consentiria
en...

ESCENA X.

Dichos, MARIA.

MARIA. Padre.
(*Reparando en Fernando.*)
Cielos!

FER. (*Viendo á Maria.*)
Maria!

MARIA. (Dios de bondad! él aqui!)

FER. (Es ella, no me engañé.)

PEDRO. (*A Maria.*)
Acércate, ven acá:
y tu hermana dónde está,
hija mia?

MARIA. (*Mirando fijamente á Fernando.*)
No lo sé.

FER. Conocer debí por Dios
aun antes de haber venido,
que llevando un apellido
hermanas eran las dos.

PEDRO. Pero, Maria, qué tienes?
estás indispuesta?

MARIA. No:
no es nada.

PEDRO. Me pareció:
toda demudada vienes.

MARIA. (Dios mio!)

FER. Suerte fatal!
su mirar me desconcierta:
y yo la juzgaba muerta!
Injusto, infiel, criminal
he sido.

PEDRO. (*Tomándola la mano.*)
Tu mano helada
está y ardiendo tu frente.

MARIA. (*Retirando su mano con precipitacion.*)
(Hoy padezco horriblemente.)
No: yo os juro que no es nada.

PEDRO. Dime al menos para que
con tal precipitacion...

MARIA. Porque esperan ocasion
sus dependientes de usté
para saludarle.

PEDRO. Si,
voy al punto á complacerlos,
yo tambien deseo verlos:
Ricardo, ven: y tú aqui,
Maria, puedes quedar
de este caballero al lado,
pues un hermano adorado
pronto en Fernando has de hallar.

MARIA. Qué dice usted?

FER. (Dios piadoso!)

PEDRO. No te ha hablado ya tu hermana
de su amor esta mañana
y de su futuro esposo?

MARIA. (Dios mio! suerte cruel!)
Y acaso es..?

FER. (Pobre Maria!)

PEDRO. Este jóven, hija mia:
adios, te dejo con él.
(*Vanse don Pedro y Ricardo.*)

ESCENA XI.

MARIA, FERNANDO.

MARIA. Qué es esto, Dios divino? estoy soñando?
es ilusion ó realidad horrible?

ay! habla por piedad! habla, Fernando!
dime que lo que oido es imposible!

FER. No, Maria, verdad terrible, dura:
nos coloca otra vez frente el destino;
la suerte por labrar tu desventura
me arroja nuevamente en tu camino.
Infelice mujer! me amaste un dia
con una llama abrasadora y tierna,
y yo solo te dí, pobre Maria,
en pago á tanto amor desgracia eterna!

MARIA. Es verdad, es verdad! oh! si supieras
cuánto por tí, Fernando, he padecido!
si un solo instante comprender pudieras
cual desde entonces mi existencia ha sido!
la vergüenza, el dolor! oh! tú no sabes
cuanta ha sido mi angustia y mi tormento!
y despues, oh! despues..!

FER. Calla, no acabes,
que me estremece el escuchar tu acento!

MARIA. Pero todo pasó, te veo á mi lado
y ni el ayer maldigo ni el mañana.

FER. Cómo! acaso, Maria, has olvidado
que debo ser esposo de tu hermana?

MARIA. De mi hermana..? gran Dios! no, no es posible
que te quieras gozar en mi amargura!
abandonarme asi? ay! es horrible!
ni en semejante enlace hallar ventura
pudieras.

FER. Mi palabra está empeñada:
Luisa me ama tambien con desvario,
la hiciera eternamente desgraciada,
yo lo fuera tambien...

MARIA. Si, si, Dios mio!
no escuché yo aqui mismo de su boca
«si perdiera su amor me moriria!»
asesinarla yo? me vuelvo loca!

FER. Qué pretesto tampoco les daria?
prefieres que publique aqui los lazos
que nos ligaban al morir tu madre,
y que mi honor y el tuyo hecho pedazos
arroje yo á las plantas de tu padre?

MARIA. No, calla por piedad! yo te lo imploro:
no reveles jamás nuestros amores;
me resigno á vivir sumida en lloro
y la copa apurar de los dolores;

mas... que ignore mi falta eternamente;
que no sepa jamás el padre mio
que grabó el deshonor sobre mi frente
de mi amor el funesto desvario.

FER. Pues bien, yo callaré: que no te aflija
el temor de perder tu honor, Maria:
oculto quedará.

MARIA. Si: y nuestra hija
llegará á maldecirme acaso un dia;
pero os hago felices; desde el cielo
mirame obedecer, madre del alma,
mas ruega á Dios que en mi cruel desvelo
me vuelva al menos la perdida calma!

FER. Mucho sufres, mujer..! ay! yo adivino
cuanto pasa en tu alma desgarrada;
mas ya lo ves, Maria, es el destino
y no soy yo quien te hace desgraciada.
Tu vida estará llena de amargura
que acaso entre los dos hemos labrado:
lejos de tí buscaba la ventura
y á aumentar tu dolor vengo á tu lado.

MARIA. Ay! calla! gente se acerca.

ESCENA XII.

Dichos, PEDRO, LUISA, RICARDO *y* ANA.

PEDRO. Aun reunidos os encuentro
y amigos segun parece?
mucho me complazco de ello;
pero, qué tienes, Maria?
tu rostro está descompuesto,
estás mala?

MARIA. Permitid
me retire, pues no puedo...

PEDRO. Mas que causa?

MARIA. Padre mio,
algo indispuesta me siento.

FER. *(Aparte á Maria.)*
Valor, Maria!

ANA. Pero, hija,

la mesa dispuesta dejo,
no nos vas á acompañar?

PEDRO. Cómo que no! por supuesto!
despues de habernos hallado
separados tanto tiempo,
á mi lado no ha de estar?
no, no señor, nada de eso.

LUISA. (*Aparte á Fernando.*)
Qué tienes, Fernando mio?
me parece que te encuentro
muy pensativo.

FER. No, hermosa,
á tu lado estoy contento.

PEDRO. Con que, hija mia, no vamos
al comedor?

RICAR. (No comprendo
que es lo que tiene Maria.)

PEDRO. Luisa, el brazo: por supuesto
usted Fernando á su hermana:

LUISA. (*Dando el brazo á su padre.*)
Vamos, papá.

FER. (*Aparte á Maria.*)
Ten valor.

MARIA. (Dios mio, cuanto padezco!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa la misma sala del acto anterior; pero adornada con mas esmero.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, JOSE.

PEDRO. Y dejastes repartidas
ya todas las papeletas?
JOSE. Si señor, á medio dia
cuando usted dijo que fuera.
PEDRO. Pues mira si los salones
ya iluminados se encuentran.
JOSE. Voy al momento, señor.
PEDRO. Y avísame si alguien llega.
(*Vase José.*)

ESCENA II.

DON PEDRO.

Si: nada quiero omitir
para que espléndido sea
el casamiento de Luisa:
brillante será la fiesta.
Pero aun no he visto á Maria;
no sé que pesar la inquieta:
por qué tan triste y llorosa
estará desde mi vuelta?
oh! yo sabré sus pesares
y haré todo cuanto pueda
por volverla su alegria
y porque dichosa sea.

ESCENA III.

DON PEDRO, DOÑA ANA, LUISA *y* MARIA. *Estas dos últimas con trajes de baile.*

ANA. Vamos, venid, hijas mias:
miralas que bellas, Pedro!
si, vais á ser esta noche
de mil envidias objeto.
LUISA. No exageres tanto, tia.
ANA. Tu padre dirá si es cierto,
PEDRO. Oh! para mí siempre estais
tan hermosas como el cielo!
Pero es verdad que esta noche
con tocado tan perfecto,
vuestra belleza, hijas mias,
mas realzada contemplo.
LUISA. Pero mirad, padre mio,
ved cuan triste es el aspecto
de mi hermana.

MARIA. Quién? yo no...
te equivocas...
PEDRO. Con efecto,
ha tiempo que yo tambien
que estás pensativa observo.
LUISA. Parece que mi ventura
te ocasiona sentimiento.
MARIA. (Dios mio.!)
ANA. (*Aparte á Maria.*)
Valor, Maria,
de ello pende tu secreto.
LUISA. No me respondes, hermana?
MARIA. Luisa... pudieras creerlo?
LUISA. No, no, Maria, perdona;
pero tan triste te veo,
que no sé que hacer, Dios mio,
y pruebo todos los medios
por sacarle de ese estado
de continuo abatimiento.
PEDRO. Maria, eres desgraciada?
cuéntame tus sufrimientos,
no sabes, hija del alma,
que te adoro con esceso,
y que de hacer tu ventura
no perdonaré los medios?
MARIA. Padre... padre..!
PEDRO. Hoy, hija mia,
que me ha concedido el cielo
el ver feliz á tu hermana,
me darás el sentimiento
de que padecer te vea?
MARIA. Padre mio, yo os prometo
que cesará en adelante
la tristeza, que el recuerdo
de mi madre me ocasiona
y causa mi sentimiento.
(Oculta, corazon mio,
para siempre tu secreto.)

ESCENA IV.

Dichos y Jose.

Jose. Don Ricardo me ha encargado
que llamase á usted, don Pedro.
Pedro. Dí que pase á mi despacho
que bajo á verle al momento:
(Vase José.)
voy á saber que me quiere;
hijas mias, hasta luego.
(Vase don Pedro.)
Ana. Yo también voy á vestirme
y á ver si todo dispuesto...
(Vase doña Ana.)

ESCENA V.

Maria, Luisa.

Luisa. Cuánto, Maria, padecer te miro!
yo que la causa sé de tus enojos
al oir tu suspiro
siento que brotan lágrimas mis ojos.
Maria. Qué dices? yo deliro...
que sabes tú la causa, hermana mia?
Luisa. Qué puede haber en ello que te asombre?
No recuerdas, Maria,
que se olvidó de tu cariño un hombre...?
Tú me lo revelaste cierto dia.
Maria. Ojalá solamente
mi llanto ocasionaran mis amores!
(Juzgué que adivinaba
la causa de mi afan y mis dolores.
Luisa. Maria, si es que temes
que acaso por mi union nos separemos,
cese tu pena impia:

unidas como siempre viviremos,
y con dulce alegria
tu dicha, hermana mia, labraremos.

MARIA. Ah! calla por piedad, que con tu acento
el alma me estremeces!
no hagas, Luisa, por Dios, que del tormento
la copa apure hasta tocar las heces.

LUISA. Pues qué, tal vez aumento
tu intenso padecer con mi ternura?
yo que diera mi vida
por hacer tu ventura..!
acaso, hermana mia, me aborreces?
tu corazon olvida..?

MARIA. Que no te amo? Dios mio!
si de mi triste pecho ver pudieras
el torcedor impio;
si un solo instante, hermana, comprendieras
el hondo afan que me desgarra el alma,
si la lucha terrible de mi pecho,
ay! como yo sintieras,
y vieras entre llanto y agonia
pasar tus noches sin hallar la calma
teniendo el corazon pedazos hecho;
entonces solamente
de mi amor no dudaras, Luisa mia!

LUISA. Pero habla por piedad: dime tu pena.
Qué dolor nublar pudo
esa frente otro tiempo tan serena?
por qué si me amas tanto
no me dices la causa de tu llanto?

MARIA. No, nunca, Luisa, nunca:
ignora tú el motivo de mi anhelo,
asi serás dichosa.

LUISA. Qué! no puedo ofrecerte algun consuelo?

MARIA. Solo calmar mi duelo
puede de Dios la mano poderosa:
necesito estar sola, hermana mia,
esto tal vez mitigará mi pena.

LUISA. Te obedezco, Maria,
voy á buscar á mi querida Elena.

MARIA. Luisa, escucha un momento: venturosa
te sonrie la suerte;
eres jóven, feliz, y tu existencia
dilatada será; mas si mi muerte...

LUISA. Ah! calla por piedad! qué desvario!

MARIA. Luisa, escúchame bien: en tí confio
el porvenir de Elena,
proteje tú su vida, su inocencia,
de la huérfana en tí la suerte fio.

LUISA. Yo velaré por ella con ternura
cual si fuera hija mia.

MARIA. Y Dios en torno de tu frente pura
en cambio verterá dulce alegria
y sin igual ventura;
ay! déjame ya sola.

LUISA. Adios, Maria.
(*Vase Luisa.*)

ESCENA VI.

MARIA.

Si, tú velarás por ella,
serás su madre en el suelo;
pues tal vez mi triste anhelo
ay en breve va á cesar.
Siento que mi vida acaba
el pesar que me devora.
sufre, pobre mujer, llora,
porque tu suerte es llorar!
Madre mia, desde el cielo
bendice tú mi obediencia,
pues ya ves que mi existencia
de eterna angustia llené.
Cuando en el lecho de muerte
ese deber me impusiste,
quizá, madre, no creiste
me costara tanto á fe.
Y qué pude hacer, Dios mio?
Fernando ya no me amaba
y mi Luisa le adoraba
con todo su corazon;
y su desgracia y la mia
únicamente causara,
si impedir su union tratara
descubriendo mi pasion.
(*Viendo á Fernando que se aproxima.*)

Mas Fernando viene, ah!
huyamos pronto de aqui.

ESCENA VII.

FERNANDO.

Era Maria y se va...
infeliz! huye de mí!
cuánto debe padecer!
ay! comprendo su amargura!
yo labré la desventura
de esta infelice mujer.
Pero quién saber podia
que la que en Madrid amé,
era hermana de Maria
la mujer que abandoné?
hermana de Luisa, si...
que nunca adivine ella..,

ESCENA VIII.

FERNANDO, LUISA.

LUISA. Tú aqui, Fernando?
FER. Cuán bella,
Luisa mia, estás asi!
LUISA. Oh, Fernando! si supieras
cuanto gozo al escucharte,
mi cariño conocieras
y entonces te convencieras
de que vivo para amarte.
Mas no sé que advierto en tí
hace tiempo, dueño mio;
te miro triste y sombrio,
de mi amor el frenesí
acoges tú con desvio?
por qué como yo te quiero

tu amor hácia mi no es?
mas el mio es el primero,
y tan grande y tan sincero
nunca se siente despues.

FER. Perdóname, ángel amado,
tambien te quiero yo asi;
mas mi pecho está angustiado
y cuanto miro á mi lado
es triste, muy triste, si.
Pero de hoy mas con anhelo
tu ventura labraré,
y en mi amoroso desvelo
de ese tu rostro de cielo
la belleza adoraré:
y al recibir tu fe pura
ante los piés del Señor,
yo juro hacer su ventura.

LUISA. Me basta con tu ternura
porque es mi vida tu amor:
mas mi padre viene alli:
déjame sola un momento.

FER. Tienes que hablarle?

LUISA. Si, si;
que á pesar de mi contento,
Fernando, hay un sufrimiento
que quiero calmar aqui.
(Vase Fernando.)

ESCENA IX.

Don PEDRO, LUISA.

LUISA. Buscaba á usted, padre mio.

PEDRO. A mí? con qué objeto, Luisa?

LUISA. Ya sabe usted que hace tiempo
vemos triste y pensativa,
sin poder saber la causa
á mi querida Maria.

PEDRO. Es verdad, y te aseguro
que la mitad de mi vida
por adivinar la causa

muy contento yo daria.

LUISA. Pues bien; yo le ofrezco á usté
un medio.

PEDRO. Cómo! tú, Luisa?

LUISA. Si, yo: escúcheme usted bien:
hace poco ví á Maria
entrar en su habitacion
y me decidí á seguirla.
En silencio la observaba,
ví que una carta traia,
y en ella al fijar sus ojos
amargo llanto vertia.
Cayósela del pañuelo
cuando del cuarto salia,
yo... la tomé, y... aqui está:
aun no me he atrevido á abrirla.
Tómela usted, padre mio,
tal vez con ella consiga,
saber la causa y calmar
los pesares de Maria.

PEDRO. Sorprender yo sus secretos?
eso es muy mal hecho, hija.

LUISA. No lo es tal cuando se trata
de labrar asi su dicha:
cuando aqui hablaba con ella
casi estuve por decirla,
mas no me atreví, pensando
que usted mucho anhelaria
verla feliz, y este medio
era el único que habia.
Con que le dejo á usted solo,
decídase usted á abrirla;
yo nada quiero saber,
porque tal vez no podria
calmar su pesar, y entonces
de nada á servirme iba.

PEDRO. Y quién sabe si en mi mano
tampoco está, Luisa mia!

LUISA. Nunca á un padre faltan medios
de hacer feliz á una hija:
y sino... á quién sus secretos
mejor confiar podia?

PEDRO. Es verdad, tienes razon;
eso me decide á abrirla.

LUISA. Pues bien; me retiro, padre:

que nada sepa Maria.
(*Vase Luisa.*)

ESCENA X.

PEDRO.

Siento la frente oprimida
al tocar este papel...
ay! que puedo hallar en él
la desgracia de mi vida.
Mas no me es dado mirar
esa hija á quien amo tanto,
verter abundoso llanto
que acaso pueda enjugar.
Perdóname tú, Maria,
si tus secretos sorprendo;
mas para verte sufriendo
valor no tengo, hija mía:
y si te robo la calma
al descubrir tu dolor,
sirva de escusa el amor
que te profesa mi alma.
(*Lee.*)

«Un poco de valor, Maria; se acerca el momento de la última prueba. Sé cuanto sufrirás porque yo tambien padezco. Veo á mi pesar que la llama de mis primeros amores, que yo creia estinguida para siempre, existe aun en mi pecho; tu presencia me ha hecho conocerlo; pero demasiado tarde, pues para darte la felicidad de que eres tan digna, es forzoso descubrir que he deshonrado tu nombre y hacer la desgracia de Luisa. Asi pues, solo nos resta tener valor para evitar nuevas desventuras.

Fernando.»

Qué es lo que miro? ay de mí!
mis ojos me han engañado?
que mi nombre ha deshonrado!
bien claro lo dice aqui!
Será verdad, Dios piadoso?

con qué es culpable Maria?
y de mi Luisa queria
ese infame ser esposo..?
Pero en quien puede caber
tanta perfidia..? no, no...
(Llamando.)
Maria! Maria..! oh!
todo lo quiero saber.

ESCENA XI.

PEDRO *y* MARIA.

MARIA. Me llamais, padre mio?
PEDRO. Si, Maria,
porque quiero saber mi desventura
y oir de tu boca la deshonra mia.
(Enseñándole la carta.)
Dime: das este pago á mi ternura?
de tí esperar debia
tanta infamia, mujer?
MARIA. Pero que es esto?
PEDRO. Toma, lee esta carta, tu deshonra
en ella has de encontrar.
MARIA. Dios poderoso!
quién os ha dado ese papel funesto?
PEDRO. Quién..? no sé... pero dime,
verdad que cuanto encierra es horroroso
y que en tu frente imprime
un borron de vergüenza eternamente?
MARÍA. Padre! padre! perdon! soy inocente!
PEDRO. Y entonces, desgraciada,
por qué tiembla tu mano entre la mia?
por qué la siento helada
y miro en tu semblante la agonia
con indeleble sello retratada?
Ah! si no eres culpable, alza tus ojos
mírame frente á frente.
MARIA. *(Arrodillándose)*
Perdon, padre del alma!
PEDRO. Por qué te pones á mis piés de hinojos?

MARIA. Porque este es mi lugar únicamente.
PEDRO. Con qué eres criminal?
MARIA. Si, padre mio.
Conocí en mi niñez á ese Fernando,
le amé con desvario
como él á mí; mas ay! amor impio
que condenó mi vida á eterno llanto.
Fuí culpable!
PEDRO. Gran Dios!
MARIA. Le amaba tanto!
despues á mi desgracia y mi amargura
me dejó abandonada:
ay! cuanto padecí!
PEDRO. Tú, desgraciada!
MARIA. Sí, porque le adoraba con locura.
PEDRO. Calla, calla, mujer infortunada,
déjame, hija culpable.
MARIA. Piedad!
PEDRO. Vete; tus súplicas son vanas,
y aun vive el miserable
que causó la deshonra de mis canas?
MARIA. Ah! padre mio, respetad su vida;
matadme si quereis;
pero mi hermana es inocente y pura,
le adora con locura...
su existencia por Dios no emponzoñeís.
PEDRO. Aun me ruega por él... vete, Maria,
aléjate de mí... yo te...
MARIA. No, padre,
ay! no me maldigais; soy vuestra hija,
os lo pido en el nombre de mi madre:
si supieseis el llanto que á mis ojos
costó mi desvario,
cesarian tal vez vuestros enojos!
PEDRO. Vete.
MARIA. Tened piedad de mí, Dios mio!
(Vase Maria.)

ESCENA XII.

PEDRO.

Esto es un sueño tan solo;
pero es un horrible sueño:
Maria culpable, ay!
apenas puedo creerlo:
oh! del seductor infame
verter la sangre deseo
mañana mismo, y despues
marchar de estos sitios debo.
La presencia de Maria
no podré sufrir mas tiempo:
á ese hombre yo le diré
que poseo su secreto,
y que ya es indispensable
que entre los dos haya un duelo.
Romperé esta misma noche
su union con cualquier pretesto,
y de ese modo... mas antes
velar por mis hijas quiero.
(*Toca la campanilla.*)

ESCENA XIII.

PEDRO, JOSE.

JOSE. Me llamaba usted, señor?
PEDRO. Si, José, escucha: al momento
dispon todo mi equipaje
pues mañana mismo debo
marchar: con que vé, es preciso
que al instante...
JOSE. Cómo es eso?
llegó usted hace ocho dias
y ya se marcha de nuevo?

PEDRO. Vé y haz lo que te he mandado,
y á Ricardo al mismo tiempo
dile que le espero aqui,
porque hablarle antes deseo:
vé y arregla en el instante...
JOSE. Voy, señor. (Pues no lo entiendo)
(*Vase José.*)

ESCENA XIV.

PEDRO.

Antes de marchar por siempre
hablar con Ricardo quiero:
él velará por mis hijas
si sucumbo en este duelo;
si no es asi por Maria,
pues Luisa debe saberlo,
y huir mañana conmigo
de estos sitios que aborrezco.

ESCENA XV.

PEDRO *y* RICARDO.

RICAR. Me llama usted?
PEDRO. Si, Ricardo:
hay en la vida momentos
en que á todos es preciso
nos den apoyo y consuelo:
y la mano de un amigo
necesitamos.
RICAR. Don Pedro,
usted disponga de mí
como le plazca, pues veo
que está sobre usted pesando
un dolor horrible, inmenso:
hable usted, amigo mio.

PEDRO. Pedirte un favor deseo:
mañana voy á marchar
tal vez para mucho tiempo
y Maria queda sola;
porqne Luisa, segun creo,
se vendrá tambien conmigo;
iremos lejos, muy lejos.
Vela por mi hija, Ricardo,
quédela un amigo al menos,
ya que su padre y su hermana
la dejan por tanto tiempo.

RICAR. Pero saber el motivo
de este viaje no puedo?

PEDRO. Espero que acaso un dia
llegarás á comprenderlo;
si, tú quizás lo sabrás,
por ahora es un misterio.

RICAR. Y lo sabe ya Maria?

PEDRO. Aun no; ni debe saberlo
hasta que estemos de aqui
mi pobre Luisa y yo lejos:
á Maria te confio
y mas tranquilo la dejo.

RICAR. Ah! si: fie usté en mí:
yo velaré con anhelo
dia y noche sin descanso
por su dicha, lo prometo.

PEDRO. Pues adios, amigo mio,
voy á mi cuarto un momento:
(quiero escribir á Fernando:
sin testigos se hará el duelo.)
(*Vase don Pedro.*

ESCENA XVI.

RICARDO.

No sé lo que pasa aqui...
deja la hija á quien adora...
Maria en secreto llora...
oh! no hay duda, yo lo ví.
Don Pedro... pobre señor..!

tan bueno, tan generoso...
diera mi vida gustoso
por aliviar su dolor.
Y su hija... pobre criatura!
quedar sola, abandonada,
y por do quiera cercada
de continua desventura.
(*Viendo á Maria que se acerca.*)
Mas... no me engaño; aqui viene.
cuán pálida y abatida
su secreto afan la tiene!
y que bella está afligida.!

ESCENA XVII.

RICARDO, MARIA.

MARIA. Y mi padre, dónde está?
RICAR. En su habitacion, Maria.
MARIA. Gracias, creí llegaria
acaso muy tarde ya.
RICAR. Pues como... sabe usted..?
MARIA. Si:
sé su próxima partida,
y aunque me cueste la vida
á impedirla vine aqui.
RICAR. Pero quién le ha dicho á usted
que don Pedro se marchaba?
MARIA. Mi corazon lo anunciaba
y oculta alli lo escuché.
Le oí las órdenes dar,
y temiendo equivocarme,
he corrido á cerciorarme
y sé que debe marchar:
mas antes le espero aqui,
y si al fin le llego á ver...
oh! yo no puedo creer
quiera abandonarme asi..!
RICAR. Abandonarla? eso no,
conmigo estuvo aqui hablando
ha poco, y casi llorando
que velase me encargó

por usted, mientras su ausencia.
Yo juré que asi lo haria
y lo cumpliré, Maria,
mientras dure mi existencia.

MARIA. Lo agradezco, amigo mio,
mas tal vez inútil sea;
como yo á mi padre vea
que no marchará confio.

RICAR. Pues por aqui ha de pasar:
me retiro porque asi...

MARIA. Ah! gracias, Ricardo, si,
sola le debo esperar.
(*Vase Ricardo.*)

ESCENA XVIII.

MARIA.

Si, si, resuelta estoy, de esta manera
impedir lograré quizá, Dios mio,
ese horrible y funesto desafio
que en eterna amargura me sumiera.
Si, yo me alejaré: yo solamente
debo pasar mi vida abandonada;
yo la culpable soy; sobre mi frente
recibiré el castigo resignada.
Oh, hermana mia, tu serás dichosa!
no impediré tu union con mi presencia,
é ignora para siempre cuan odiosa
será ya de tu hermana la existencia.
Y tú tambien, Elena, acaso un dia
perdonarás á tu infelice madre,
que al partir rogará, pobre hija mia!
que te proteja á su ofendido padre.
(*Viendo á Pedro que se acerca.*)
Mas ay! ya me parece que se acerca
siento Dios mio que el valor me falta:
no me abandoneis vos, vírgen divina,

ESCENA XIX.

MARIA, PEDRO. *Este último sale, y sin mirar á Maria se dirige á la campanilla: poco despues* JOSE.

MARIA. Ay! ni aun me ha dirigido una mirada!
(Pausa.)
PEDRO. *(Para sí.)*
Cuánto tarda José! me habrán oido?
MARIA. *(Acercándose con timidez.)*
Quiere usted, padre mio, que yo vaya?
JOSE. Me llama usted, señor?
PEDRO. Si: dime, has hecho
todo lo que hace poco te mandara?
JOSE. Ya como usted previno está dispuesto
y nada faltará.
PEDRO. Pues, José, anda
y haz venir á mi Luisa.
JOSE. Voy al punto.
(Vase José.)
(Pedro se dirige hácia su habitacion sin mirar á Maria.)
MARIA. Padre! padre! ay de mí! ni una mirada!
PEDRO. Maria!
MARIA. Por piedad, yo os lo suplico,
haced que vuestra voz llegue á mi alma:
oh! no me perdoneis, no lo merezco;
pero habladme, os lo pido arrodillada.
PEDRO. Para qué..? las palabras de mi boca
deberán para tí ser muy amargas.
MARIA. Nada me importa, no: si vos supierais
como, señor, el corazon desgarra
ver silenciosa y fria ante nosotros
la persona que ayer nos adoraba!
ay! parece que el odio y el cariño
se estinguiera por siempre de su alma.
PEDRO. Ah! déjame salir, en tu presencia
siento, Maria, mi valor se acaba.
No sabes que mi vida para siempre
llenaste de amargnra con tu falta?
Hubiera preferido verte muerta

que mirarte á mis plantas deshonrada.

MARIA. Yo tambien, padre mio, cuantas veces
recordando mi afrenta y mi desgracia,
he pensado en la muerte como asilo
que en medio de mi pena me quedaba.
Pero el cielo me impuso otros deberes;
cómo dejar mi hija abandonada!

PEDRO. Tu hija!

MARIA. Si, mi hija, padre mio,

(*Luisa aparece en el foro y permanece escuchando.*)

LUISA. Qué es lo que dice! oigamos.

PEDRO. Desgraciada!!

MARIA. Vos sabeis, padre mio, que ese hombre
es la ventura de mi pobre hermana,
no atenteis á su vida ni á la vuestra,
os lo suplico á vuestros piés postrada.
Consentid en su union y no la deis
una vida sin dicha ni esperanza;
hacedla venturosa, yo os lo pido
en nombre de mi madre idolatrada.

PEDRO. Ah! deja que me marche.

MARIA. No, Dios mio!
aun tengo que pediros una gracia.
Mi madre ya no existe, lo sabeis:
acaso Luisa de mi lado marcha.
Del hombre qne causó mi desventura
la suerte para siempre me separa...
ah! ya lo veis, en medio de este mundo
no tengo mas que á vos, padre del alma.

PEDRO. Solo á mi?

MARIA. Si: yo nada necesito
porque conozco que mi vista os mata,
y pido me dejeis en un convento
ir á espiar con mi dolor mi falta.
Pero mi pobre Elena...

PEDRO. Esa es tu hija?

MARIA. Si, si, esa era mi bien y mi esperanza,
á vos sobre la tierra únicamente
puedo, al dejar el mundo, confiarla:
yo os la entrego, señor, es vuestra sangre
pura cual yo lo fuí, cual yo... sin mancha:
ocupe ella el lugar á vuestro lado
que dichosa en un tiempo yo ocupaba.

PEDRO. (Dios de bondad, padezco horriblemente,

sus acentos el alma me desgarran!)

MARIA. Feliz yo hubiera sido si dejaseis
que pasase mi vida en esta casa,
sin que nadie me viera, padre mio,
siempre en mi habitacion triste y aislada,
mas sabiendo que estabais á mi lado
y que cerca de mí mi hija estaba:
yo sin que vos me vieseis os veria;
oyera oculta vuestra voz amada;
yo hubiera contenido mis sollozos
y reprimido mis ardientes lágrimas,
porque no os ofendieran, padre mio,
cuando en mí vuestros ojos se fijaran:
y jamás ante vos hubierais visto
que esta pobre mujer se presentaba,
sin que cesara vuestro justo enojo,
ó sin que una órden vuestra la llamara:
y si Dios castigaba mi delito
y en llegar ese dia se tardaba,
ay! nada importa; bendijera al cielo
cuando tanta ventura me otorgara.
Dios no lo quiso asi, y entre tormentos
voy á pasar mi vida resignada,
mas vuestra bendicion dadme á lo menos
os la pido al partir á vuestras plantas.
(*Pedro se levanta y se dirige á su habitacion.*)
Señor, me la negais por vez postrera?

PEDRO. Ah! no puedo mas!

MARIA. Padre!

PEDRO. (*Tendiéndole su mano.*)
Hija del alma!

MARIA. Llorais..? me amais aun... gracias, Dios mio!
tanta felicidad no imaginaba!

PEDRO. Si, te adoro, hija mia, y en mis brazos
un asilo hallarás en tu desgracia.

MARIA. Con qué no me dejais? unidos siempre..

PEDRO. Juntos emprenderemos nuestra marcha.

MARIA. Marcharnos..!

PEDRO. Tranquilízate: á tus ruegos
cedo, y abandonamos esta casa
hasta que se hallen lejos, hija mia,
ese Fernando con tu pobre hermana.

MARIA. Nos alejamos de ellos?

PEDRO. Para siempre,
que por tí me resuelvo á abandonarla.

ESCENA XX.

Dichos, Luisa, *que en la escena anterior aparece en la puerta.*

Luisa. (*Suspirando.*)
Ah, padre!
Pedro. Luisa, aqui!
Maria. Nos escuchaba..!
Luisa. Todo lo sé: pero, Maria, dime,
por qué me has ocultado tu desgracia?
pensabas ay! que acaso no tendria
tanto valor cual tú tu pobre hermana,
y sabiendo tu noble sacrificio
su dicha por la tuya no trocara?
Maria. Por qué nos escuchaste y no has dejado
que te hiciera dichosa, Luisa amada?
Luisa. Con tu eterno dolor, hermana mia?
no quiero mi ventura á costa tanta:
hoy de ese hombre fatal eternamente
el destino, Maria, me separa:
no debo amarle ya; mas á lo menos
me queda vuestro amor: nada me falta.
Pedro. Hija del corazon! con qué renuncias
á su cariño?
Luisa. Si, padre del alma:
los dos unidos viviremos siempre.
Maria. Oh, Luisa! yo he causado tu desgracia.

ESCENA XXI.

Dichos, Jose.

Jose. Han llegado los testigos
con el notario, don Pedro,
Pedro. Voy á despedirlo.
Luisa. Padre
ya cumplí vuestro deseo.
Pedro. Si.

LUISA. Pero en cambio una gracia
que pediros ahora tengo.
PEDRO. Habla, qué podré negarte?
MARIA. (Cielos! cuál será su intento?)
LUISA. Bien, padre; pues, José, anda
y á don Fernando al momento
haz venir aqui.
(Vase José.)
PEDRO. Hija mia!!!
LUISA. *(Aparte á don Pedro.)*
Silencio, padre, silencio;
por mi se sacrificaba
y hacer su ventura espero.
PEDRO. *(A Luisa.)*
Yo nunca consentiré...
LUISA. *(A don Pedro.)*
Oh! por mi madre os lo ruego.

ESCENA XXII.

Dichos FERNANDO.

FER. Amada Luisa, me han dicho
que tú me habias llamado.
LUISA. Es cierto; á José he mandado
le hiciese á usted venir, si.
FER. Pero por qué ese lenguaje
cuando el altar nos espera?
LUISA. Nunca: por la vez postrera
nos vemos, Fernando, aqui.
FER. Qué dices, Luisa?
LUISA. Por siempre;
una muralla el destino
coloca en nuestro camino:
Fernando, todo lo sé.
FER. Ah!
LUISA. Ya entre los dos la suerte
una eterna ausencia exige,
yo no le amo á usted... qué dije..?
yo no debo amarle á usté.
FER. Y qué haré en medio del mundo
si asi mi esperanza pierdo,

y guardo solo un recuerdo
de tu amor y mi placer?

LUISA. Tiene usté una hija sin nombre
desde niña abandonada,
y una mujer deshonrada
y pregunta qué ha de hacer?

FER. Cómo! pretendes que..?

LUISA. Basta:
el honor es lo primero;
cumpla usted cual caballero.

FER. Bien, cubriré mi desliz:
dispon de mi suerte.

LUISA. Hermana,
Fernando será tu esposo:
enjuga el llanto enojoso
y sé feliz... muy feliz.

MARIA. Luisa, y creer has podido
que jamás aceptaria..?

LUISA. Si... piensa en tu honor, Maria,
y en tu hija nada mas.

MARIA. Es verdad: mi pobre Elena...
pero tú, inocente y pura,
de mi falta la amargura
y el castigo sufrirás.

LUISA. No; porque al verte dichosa
que yo seré feliz, piensa.

MARIA. Y do hallarás recompensa
de tamaña abnegacion?

LUISA. Tengo el amor de mi padre,
y mi madre desde el cielo
pedirá á Dios dé un consuelo
á mi pobre corazon.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, ANA, RICARDO.

ANA. Todos esperando están.

LUISA. (Oh! Dios de bondad!)

FER. Maria!

MARIA. Fernando!

FER. Aceptas mi mano

y el nombre de nuestra hija?

MARIA. Padre mio..!

LUISA. Oh! aceptad.

PEDRO. Tan solo anhelo tu dicha.

MARIA. Fernando, seré tu esposa.

LUISA. Sé muy feliz.

MARIA. (Pobre Luisa!)

FER. (*A don Pedro.*)
Y vos lo olvidais ya todo
cual Luisa, señor, lo olvida?

PEDRO. Caballero..!

FER. Yo os lo ruego

PEDRO. Haced dichosa á mi hija,
y á ese precio, á ese tan solo,
os perdonaré algun dia.

FER. Oh! yo os juro consagrar
á su ventura mi vida;
Maria, ya nos esperan.

MARIA. Oh, gracias, hermana mia!
(*Vanse Maria, Fernando, y al verlos salir esclama.*)

LUISA. Yo me ahogo, padre mio!
ay! sacadme de aqui.

PEDRO. Luisa,
te juro que emprenderemos
mañana nuestra partida.

LUISA. Ay, padre! vos no sabeis
cuanto me cuesta su dicha!

FIN.

Junta de censura de los teatros del Reino.=Madrid 18 de julio de 1849.=Aprobado y devuélvase.=Baltasar Anduaga y Espinosa.

3 0112 117474046

16
88
88
88
88
5
88
88
88
88